

Los pequeños mutantes

Diario de un samurái

BEATRICE (“BEA”) DAVIES

Taller de Edición Rocca, Bogotá, 2018, 61 pp., il.

ES TODO un reto reseñar un cuadernillo cuyo encanto reside en el lenguaje de la imagen. El *Diario de un samurái* es un cómic para adultos, con pocas palabras y muy atractivas ilustraciones. Su tema es el recuento autobiográfico de la madre de Samurái, en el que Bea Davies va contando, en dibujos, acuarelas y pequeñas sentencias o diálogos de cómics, el desarrollo de su hijo desde el embarazo hasta la niñez. También están las proyecciones y fantasías de una madre cosmopolita, moderna, alternativa y enterada del tipo de mundo que le espera al que tendrá que ser un valiente samurái para enfrentarlo.

En el año 2012, cuando nació su hijo, Bea Davies empezó un webcomic, “un ejercicio para ver el mundo desde su perspectiva, pero también para verme como madre desde un ángulo más distante en el que soy imparcial y libre de mis ansiedades personales” (p. 60). El fuerte de la obra reside en la calidad del diseño gráfico y las estampas, que van desde esbozos sencillos, casi caricaturas del crecimiento y episodios del pequeño protagonista, hasta aguadas y claroscuros que permiten crear una atmósfera visual interesante. Estas atmósferas son usualmente juguetonas y domésticas, pero aunque la autora proclame el deseo de estar libre de sus ansiedades personales, es inevitable que las guerras, la crisis climática del planeta, la desigualdad social y las dificultades de la vida urbana dejen su impronta en una artista gráfica.

Samurái, hijo del siglo XXI, trae el “chip” modificado de los nacidos en su generación: “Una lógica perspicaz, una imaginación sin límite y una despiadada tendencia a cuestionarlo todo” (p. 61). Las madres de estos pequeños mutantes se ven desde luego en la necesidad de aprender de cero abandonando los prejuicios pedagógicos rezagados, y deben emprender la tarea de interpretar de nuevo el universo, de la mano de los chiquillos “maestros”, unas veces tiranos, otras manipuladores, siempre

traviesos y jamás saciados en la curiosidad que les despierta el mundo. En el cómic hay alusiones “esotéricas” a las lecturas con que la madre nutre el intelecto del protagonista; sin pasar a lo obvio, hay referencias gráficas, por ejemplo, a un clásico de la literatura “infantil” de estos tiempos: *Donde viven los monstruos*, del norteamericano Maurice Sendak (que insiste en que no se propuso hacer a los niños más felices, o hacerles la vida mejor o más fácil). Estos monstruos, alegrías contemporáneas descarnadas, suelen ser de dientes afilados, tienen cuernos, son gruñones y malolientes y sin embargo se divierten. No sabemos cómo estará Bea lidiando hoy con los juegos electrónicos, el celular o los primeros asomos de su hijo a las redes, pero lo cierto es que la niñez de Samurái parece ser de una normalidad sana y actual.

La cotidianidad de levantar un hijo, con sus realidades, dificultades y recompensas, es el tono general de este cómic, y es quizás lo que puede resultar más atractivo para las madres y los padres que pasan o han pasado por la molienda de la crianza. Pero la imaginación también juega su papel. Los amigos imaginarios, las transformaciones de Samurái en gallinas, caracoles o criaturas marinas abisales que obligan a la madre a seguirle el juego, los miedos naturales del infante y las aprensiones normales de la madre son magnificados por ilustraciones detalladas, luminosas y graciosas, sombrías y opresivas. En fin, un cosmos humano expresado con un humor existencial y paradójico, creatividad y talento gráfico.

El lector-degustador de las imágenes seguramente pasará, a la velocidad contemporánea de una ojeada en Instagram o en Pinterest, por las páginas del libro. Pero vale la pena ponerse en el lugar de la dibujante de estas trabajadas viñetas y detenerse un rato. Detrás de cada ilustración hay un trabajo visual de concepción, perspectiva, “enfoque” y detalles. Las frases que acompañan los dibujos son también elaboradas y pulidas para que destilen el meollo de la situación que va ilustrada. Como en los clásicos en la onda del Tintín de Hergé, de Astérix de René Goscinny o de la bienamada Mafalda del finado e irremplazable Quino, los detalles son tan importantes como la impresión

general de la imagen, y en la minucia gráfica suelen depositar estos artistas los comentarios al margen y la delicadeza de este arte de los cómics que tiene un nicho propio desde los albores de la historia, cuando quisimos narrar unas historias a través de imágenes en secuencia, como en la Columna de Trajano, los libros de horas, o las pinturas bíblicas y vitrales medievales.

La edición del cuadernillo está realizada con el usual cuidado con que el Taller de Edición Rocca manufactura sus productos culturales. La traducción es, literalmente, adecuada; la impresión fue cuidada con esmero y el formato es inteligente: un híbrido logrado entre libro infantil y cómic clásico. ¿Por qué una editorial colombiana decide editar y publicar este tipo de material tan sui géneris? Hay razones emocionales y estéticas. Conozco a los miembros de esta empresa editorial familiar y les pregunté sobre la historia del librillo. Beatrice es amiga de uno de los miembros del clan Rocca y este puso a consideración del “consejo editorial” la idea de editar e imprimir un cómic, género que aunque existe en Colombia y hay estupendos dibujantes y guionistas no ha alcanzado aún el estatus de “cultura”, si bien hay una línea de la editorial dedicada a obras gráficas. Todos aceptaron la idea con gusto, no solamente porque se trataba de alguien conocido sino por los méritos estéticos de la obra de Beatrice, por el sutil reto de salirse del texto “literario” y por el gusto de someterse a las etapas de producir un libro, con sus recompensas y dificultades. Trasladar un webcómic a una versión impresa, que la autora no tenía originalmente en la cabeza, volvió a darle forma material a lo que de otro modo se habría quedado en la nube gaseosa de internet al azar de los algoritmos y las suscripciones digitales. Un libro con olor a papel y tinta fresca, con páginas en que los dedos se deslizan por una textura de buen gramaje, con posibilidades de ser escudriñado y hojeado y, en últimas, conservado en la biblioteca concreta de la casa, tiene el encanto que los bibliófilos conocen.

Ignacio Zuleta Lleras